

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA

aprobacion eclesiástica,

y bajo la direccion

DE

E. Lozano de Vilchez.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, seccion doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instruccion religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisicion de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, y que se expenden en todos los estancos; admitiéndose tambien los pagos en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

8 de Octubre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 21.

SUMARIO.

La dicha está en la virtud.—Las alas del genio, leyenda, poesía.—Historia de un pino, novela.—Seccion doctrinal, La senda del cielo.

LA DICHA ESTÁ EN LA VIRTUD.

Felicidad, placer, contento, satisfaccion, alegría: he aquí los variados y multiplicados nombres con que se designa la dicha, y cuyo verdadero significado se encuentra en el corazon de bien pocos seres.

¡Felicidad! palabra que se usa mucho, nombre que suena muy bien, pero realidad que está lejos y que rara vez se consigue.

Desde el momento primero en que el hombre

puede darse cuenta de sus acciones desea la dicha, y hace mil esfuerzos por adquirirla, y cree que llegará á encontrarla en el cumplimiento de sus aspiraciones y en el logro de sus caprichos.

El deseo de alcanzar un goce perfecto, una dicha completa, es un sentimiento innato en el corazon de todos los hombres y una esperanza que alhaga en todas las edades.

Como hemos dicho, el hombre cree que hallará una satisfaccion completa cuando se hayan realizado sus proyectos y deseos, pero si estos no son modificados y regidos por la conciencia y la sana razon, el cumplimiento de ellos es el camino mas seguro para perder la felicidad que con tanto afan anhela.

Esto es consecuencia de un error, y un error que el hombre comprende, porque la sociedad le dá mil lecciones de él cada dia; pero que no por

esto, merced á una inconsecuencia funesta, y á la insensatez del corazon humano, deja de cifrar en el las ilusiones de su vida, derramando la ventura donde debiera existir solo la dicha.

Á pesar de todo, el hombre no quiere desprenderse del error que labra su ruina, porque la verdad desnuda es triste y severa, y no posee ningun atractivo; al paso que una esperanza que alhaga, aun cuando sea fundada sobre un cimiento falso, (y por consiguiente sea un error) siempre es esperanza, y sabido es el irresistible encanto de esta, y el imperio que ejerce en la débil é inconsecuente humanidad.

Así el avaro se afana por añadir un puñado mas de oro á los adorados tesoros que conserva en sus arcones, en los cuales cifra su dicha; el ambicioso de honores, lucha continuamente por adelantar cada dia un escalon mas en la esfera social, pensando tener mas felicidad cuanto mas elevado se encuentre; y el sibarita que solo cree en los placeres de la vida, hace esfuerzos inauditos para conseguir el logro de sus apetitos, aun cuando para ello tenga que vencer enormes dificultades, creyendo que así satisfará todos sus locos deseos: pero ni el avaro se sacia de acumular oro aunque posea mas riquezas que Salomon, ni el soberbio queda satisfecho con mil tronos, ni el sibarita obtiene una satisfaccion verdadera aunque haya disfrutado de los placeres mas variados que puedan ofrecersele en la grosera copa de la iniquidad.

El hombre comprende que ha medida que consigue sus deseos, se aumentan sus aspiraciones, y que la dicha á que aspira se aleja tanto de él, cuanto él se aleja del camino del bien; mas no por esto deja de seguir la senda que se ha trazado.

Gozar de un nombre distinguido, poseer grandes riquezas, comodidades, respetos, deferencias; esas mil y mil atenciones que se prodigan al rico y de las cuales se halla excluido el pobre, es la dicha en apoteosis. á cuya elevacion aspira lo mismo el rico que el pobre, el grande que el pequeño, y el hombre que la mujer, porque el amor propio es patrimonio de todos.

Sin embargo, aunque todos desean estas cosas, los unos trabajan para obtenerlas dentro de los límites del deber y la justicia; pero hay otros para los cuales, el camino recto y seguro que les señala la conciencia es demasiado lento y penoso, y empujados por su ambicion desmedida, corren de vicio en vicio hasta precipitarse en el abismo del crimen, tan solo por adquirir con las riquezas una felicidad aparente, que hoy es, y mañana ya no existe.

Estos seres son los mas desgraciados que puede haber en el mundo, porque si bien han conseguido verse atendidos y adulados, tal vez en consecuencia de ocultos delitos, á traves de la aparente dicha que les rodea, se efectua en su corazon una batalla terrible.

De enmedio de ese ruido de lisonjas y adoraciones que les rodea por todas partes, se desprende el grito del desgraciado á quien sus latrocinios dejaron sin hogar y sin pan.

En el líquido vaporoso de la copa humeante, creen ver recogidas las lágrimas de su víctima, que evocada de su tumba viene á poner ante su vista el catálogo horroroso de sus enormes delitos.

Y la vida es para ellos una muerte cruel y lenta; el dia, noche sin luz; y la noche mas tranquila una pesadilla horrible; porque como ha dicho el inmortal Escrih, en su novela, LA CALUMNIA, «no hay una deuda mas cara que la que se contrae con la conciencia.»

Á pesar de todo las inquietudes y turbulencias del impío pasan desapercibidas para el vulgo que solo ve lo exterior y que, cubierto con una capa de hipocresía y otra de necedad, se ha empeñado en creer mas feliz al que es mas poderoso.

La felicidad perfecta, esa dicha completa sin sombra de alteracion y exenta de todo llanto, á la cual aspira el hombre, no existe en la tierra; porque ¿quien por muy feliz que se considere no contará una página de dolor en la historia de su vida.....

¡Ah! y cuántas y cuántas páginas podrian anotarse en la historia de algunos seres cuya respiracion parece ser una hebra no interrumpida de penas y quebrantos!

Con todo, el hombre puede ser feliz en esta vida en cuanto es posible serlo sobre la tierra. siempre que crea, que espere en un mas allá: en Dios.

Bástale á la jóven su pureza, su modestia y una completa obediencia á los autores de sus dias, para ser verdaderamente dichosa. No necesita ni espléndidos vestidos, ni una singular belleza: la virtud es muy hermosa, y dá mas perfeccion al semblante que la mano del artista á sus graciosas imágenes.

Cada uno procurando proporcionarse la dicha ó el bienestar con un trabajo moderado y constante, elaborado dentro del círculo de su esfera y los límites de su conciencia, puede ser altamente feliz; pero buscar la dicha en el oro, los honores y los placeres es una locura: si hay feli-

ciudad en la tierra, preciso es ir á buscarla en las regiones de una conciencia tranquila, de un alma sencilla y recta. El avaro vé desprenderse de sus manos las riquezas que reunió en su vida; y que á su muerte vé desaparecer como un poco humo. El orgulloso vé que toda su fastuosa grandeza va á encerrarse en un fétido y pequeño nicho; y si quisieramos sorprender al sibarita en los últimos instantes de su vida; le oiríamos exclamar con un gran personaje inglés: «estoy harto de vicios, cuyas variedades he probado hasta lo sumo y conozco que lo único que hay bueno es la virtud.» Si el hombre no muriese, su dicha no la encontraría en ella; pero no es inmortal, esto es lo cierto; y mas tarde, mas temprano, termina por reconocer la sentencia del famoso escritor; lo único que hay bueno es la virtud.

MARÍA HURTADO.

San Vicente de Munilla

LAS ALAS DEL GENIO.

LEYENDA.

(CONCLUSION.)

III

*Oh! ya seguro puerto
De mi tan luengo error! ¡Oh deseado,
Para reparo cierto
Del grave mal pasado
Reposo dulce, alegre, reposado!*

*Techo pagizo adonde
Jamás hizo morada el enemigo
Cuidado, ni se asconde
Envidia en rostro amigo,
Ni voz perjura, ni mortal testigo.*

*Sierra que vas al cielo
Altísima, y que gozas del sosiego
Que no conoce el suelo,
Á donde el vulgo ciego
Ama el morir, ardiendo en vivo fuego;*

*Recíbeme en tu cumbre,
Recíbeme, que huyo perseguido*

*La errada muchedumbre,
El trabajar perdido,
La falsa paz, el mal no merecido.*

*Y do está mas sereno
El aire, me coloca, mientras curo
Los daños del veneno,
Que bebí mal seguro
Mientras el mancillado pecho apuro.*

Así del mes de Noviembre
En noche ventosa y lóbrega,
Mientras el suelo alfombraban
Los árboles con sus hojas,
Leía en su celda estrecha
Con voz apagada y sorda
Un fiel novicio agustino
De Salamanca la docta.
Leía y el dulce ritmo
De otras canciones eróticas,
Que bullían en su mente,
Echaba de la memoria.
Sostiene con ambas manos
La triste frente y apoya
Los codos en mesa humilde,
Cual si de labriego, tosca.
Y de la negra cogulla,
Taciturna, melancólica
La faz se destaca pálida,
Pensativa, soñadora.
El pecho crea suspiros,
Que no salen por su boca
Y el corazón mueve lágrimas,
Que por sus ojos no asoman.
Llanto y suspiros combaten,
Como de la mar las olas
Y el alma naufraga mira
Del cielo las dulces costas.
Bate las alas aéreas
La mente briosa y loca
Por salirse del convento,
Sin miedo á la noche torva.
Y el novicio la sujeta
Y su vuelo raudo acorta,
Bañada en sudor la frente,
Convulsa el alma medrosa.
Pero á veces se le escapa
Y rápida lo transporta
De rica ciudad lejana
Á las calles tortuosas.
Y en la lucha que sostiene
Desesperada, furiosa
Con la osada fantasía,
Que se encabrita y se enfosca,



Ora se encuentra el novicio
 De la iglesia en la ancha bóveda,
 Donde se escucha del coro
 La penitente salmódia,
 Ora en dorado palacio,
 Cubierto el suelo de alfombra
 Donde vibran de la fiesta
 Las acompasadas notas.
 Ora á un confesor oyendo,
 Cuya absolución implora;
 Ó ya al pié de una ventana,
 Cantando sentidas trovas.
 Y vé del prior la vista
 Modesta, baja, devota,
 Y las miradas ardientes
 De una mujer que enamora;
 Y los hábitos humildes
 De los frailes, y las tocas
 Transparentes de las damas
 Y rosarios y tizonas.
 Todo en rauda torbellino
 Pasa, bulle, vase, torna,
 Como hueste amotinada,
 Que del caudillo se mofa.
 Entonces como el marino,
 Que mira en las negras ondas
 Hundirse el barco velero,
 Que la carga no soporta
 Y por escapar con vida
 Con mano serena y pronta
 Al mar como á fiera hambrienta,
 Toda su riqueza arroja,
 El novicio revolviendo
 De un manuscrito las hojas
 Asió algunas, de esta suerte
 Hablando consigo á solas:
 —¡Oh loca imaginación!
 Yo quemaré tus recuerdos
 Y te cortaré las alas
 Para que no tomes vuelo.
 Hoy visto el hábito santo
 Y no ha de cubrir artero
 Un corazón que batalle
 Teniendo hostiles trofeos.
 Solo del mundo me restan
 Mis pobres queridos versos;
 Queridos, porque son hijos
 De mi propio pensamiento.
 Versos, lágrimas de amores
 Y de mezquinos deseos,
 Mal hayais, pues no os vertí
 Por la esperanza del cielo.
 Notas del laud sonoro
 Con sangre escritas, conceptos,
 Que de su imagen risueña

Fuisteis siempre compañeros;
 Misteriosas armonías,
 Que regalasteis sus sueños;
 Gritos del alma cautiva
 Entre sus mayas de acero;
 Alboradas de los valles,
 Crepúsculos pintorescos
 De la tarde, que á sus ojos
 Cantasteis con dulce acento
 En los suspiros y quejas
 Del murmurante arroyuelo,
 En los besos de las flores
 Y en el gemir de los vientos;
 Versos, hijos concebidos
 Entre el dulce devaneo
 De un amor terrestre y loco,
 Que en mal hora nació ciego;
 Versos, que repite el alma
 Sin tomar consentimiento,
 Entre las rudas vigílias
 Y los tenaces ensueños,
 Como el nombre de sus hijos
 Repite, sin entenderlo,
 La madre entre sus faenas
 Y cuando se está durmiendo;
 Pues que me abrasais el alma
 Con vuestro perenne fuego,
 Primero que la llagueis
 Con mano sañuda os quemo.
 Os quemo, porque á Dios plazca
 Prender en mi pecho incendio
 De amor sagrado, que torne
 Pavese vuestros recuerdos.—
 Y así hablando formó pira
 Con las hojas de aquel tiempo
 De amor, y acercó la luz
 Á la pira todo trémulo.
 Prendió la llama y dos lágrimas
 Asomaron en silencio
 Á sus ojos, mas tragóselas,
 Teniendo de verlas miedo.
 Y cayendo de rodillas
 Con extraño sentimiento
 Ante un Cristo que lo mira
 Los brazos teniendo abiertos:
 —Señor, le dijo, perdon;
 Ahora soy todo vuestro;
 Dispone como á voz plazca
 De vuestro criado y siervo.—
 Entonces, iluminando
 El humo de aquellos versos,
 Que lo envuelve en nube densa,
 Como en sombras de misterios,
 Es fama que de los ojos
 Del Cristo aquel brotó fuego,

En cuya lumbre divina
Sintió inflamarsele el pecho
El novicio y otras alas,
Que en su mente le nacieron,
Con las que voló briosa
Su imaginacion al cielo.
Alas que formó Dios mismo
Con su poderoso aliento,
Alas en la fé crecidas,
Que son *las alas del genio*.

IV

Y pasaron luengos años
Y de aquel genio la voz
Escuchose en todo el mundo
Con dicha del corazón,
Levantose de la tumba
De Roma el pulcro cantor;
Oyolo y la eburnea lira
De los sáficos, rompió.
Sacó el Tajo á la ribera
El pecho, oyendo su son
Y le habló de profecias,
Parando el curso veloz.
La fuente que el campo riega,
Donde el tranquilo pastor
Pasa sin penas la vida,
Sus canciones aprendió.
Las virtudes se vistieron,
Como con rayos del sol
De su egregia poesía
Con el intenso fulgor;
Y el Olivete la frente,
Su canto escuchando, alzó,
Cual si elevarse sintiera
Por el aire al Salvador:
Que aquel novicio agustino,
Á quien alas formó Dios
De cenizas, como al fenix,
Era Fray Luis de Leon.

FIN.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA



HISTORIA DE UN PINO.

NOVELA.

¡Bendito el que rasga con mano audaz el negro crespon del olvido que cubre los monumentos históricos de su patrio suelo: bendito el que remueve el polvo de las tumbas, para mostrar á la pública veneracion los despojos de aquellos que fueron emblema de las virtudes heroicas de otros tiempos!

Hoy, que á la voz de uno de los más ilustres escritores de la hermosa Cataluña, todas las miradas se han fijado en Ripoll, en la antigua Ricópolis, fundada por el piadoso Recaredo, en la pintoresca villa que se espeja en dos caudalosos rios y se esconde bajo el follaje de las mil huer-tas que la cercan. tambien late mi corazón de entusiasmo, tambien buscan mis ojos al través de los espacios ese suntuoso templo en donde duermen el eterno sueño nuestros invictos paladines, y cuyas piedras, cubiertas ahora de musgo, son otras tantas hojas imperecederas del libro de nuestras glorias.

Cuando yo me senté por primera vez á la sombra de tus muros, solitario monasterio; cuando recorrí tus claustros desiertos y silenciosos, iba sosteniendo el cansado paso de mi madre, y el eco de los latidos de su corazón se confundia con el eco de tus bóvedas!

¿En dónde estás, Ripoll? ¿en dónde estás, madre mia?

Era una hermosa tarde del mes de octubre, mes en que el árbol deja caer tristemente al suelo sus postreras hojas; en que el azul del firmamento es pálido, en que son quejas los mur-murios de la brisa, tristes quejas el canto de las aves, que presienten el invierno, y suspiros los que exhala el corazón del hombre que vé reflejada en todas partes la imagen del mañana árido y sombrío.

Desde una de las ventanas del piso alto del claustro, contemplamos durante largo tiempo el más bello panorama que pueda soñar la fantasía

A nuestros piés Ripoll, con sus casas agrupadas y negruscas, á causa del humo del carbon de piedra; sus calles estrechas, pero limpias y empedradas; sus antiquísimas iglesias, y su plaza mayor, adornada por un lado de soportales y llena de una multitud activa é inquieta, que iba y venia, afanosa, ocupada tan solo de los negocios positivos de la vida.

Allá en Ter y el Fresser, que corren magestuosamente á los dos lados de la villa, y que reuniéndose en su extremo meridional, la encierran en una como península, facilitando la comunicacion con los arrabales dos sólidos puentes de cantería, de un solo arco y de considerable altura.

Mas allá, diseminados por la campiña, y perdidos entre océanos de follaje, molinos harineros, fraguas de hierro, fabricas de tejidos, pintorescas ermitas, y por último, a lo lejos, los altos y escarpados picachos de los montes, cubiertos con una bruma azulada que casi se confundia con las nubecillas del cielo.

Y para completar el bello cuadro, los posteros rayos del sol, jugueteando sobre las ondas, ó dorando las puntas de los arboles, y los céfiros revoloteando aquí y allá, esparciendo por todas partes perfumes y armonias....

¿Por qué se detuvieron mis miradas en un pino gigantesco, que descollaba solitario sobre un monton de ruinas, contrastando el verde lozano de sus hojas con las piedras amarillentas y desquebradas, esparcidas á sus plantas? ¿Es que ofrecia á mi consideracion la imagen de la virtud, que se eleva triunfante sobre los despojos de las pasiones mundanas, que espiran apenas nacen? ¿Es que con los ojos de alma leia en cada una de sus hojas la página de una misteriosa historia?

—¡Ese pino, me dijo sonriendo el bondadoso anciano que nos acompañaba, y que habia seguido la direccion de mi mirada, ese pino recuerda uno de los sucesos mas heróicos de la heroica Cataluña!

Y habiendo visto la curiosidad pintada en mi semblante, prosiguió con dulce tono:

—Hace de esto mucho tiempo. El piadoso Seniofredo, que gobernaba allá por los años 962 el condado de Barcelona, y que descansa en paz en esta Iglesia, murió desastradamente de una caída, al ir á visitar las obras de reedificacion que se practicaban en el Monasterio de San Miguel de Coxán.

Seniofredo no dejó hijos ni hijas, pero sí hermanos, que debian necesariamente sucederle en el poder, segun las leyes que regian entonces el pais.

Así, todos los historiadores Catalanes se pierden en inútiles conjeturas al querer investigar la razon que pudieron tener los barceloneses, tan probos siempre y justicieros, para despojar á Oliva de su sagrado é incontestable derecho, pues era el mayor de los hermanos de Seniofre-

do, y elegir á Borrell, Conde de Urgel, su primo hermano.

Engolfados en el vasto campo de las suposiciones, los unos afirman que este fue un milagro de la Providencia, que quiso premiar en Borrell el generoso desprendimiento de su padre Suñer, quien llamado á gobernar los estados, durante la menor edad del difunto Seniofredo, no quiso alzarse con el poder, como se lo aconsejaban sus parciales; otros la atribuyen á la poca religiosidad de Oliva en sus primeros años, tildándole injustamente de cismático; y otros, en fin, á sus imperfecciones físicas, pues era cojo y tartamudo, en tal disposicion, que para pronunciar cada palabra golpeaba repetidas veces en el suelo con los piés, de lo que le vino el sobrenombre de Oliva Cabreta.

Los historiadores quieren darnos el por qué de todas las cosas, y en su afan por conseguirlo inventan los mayores absurdos, sin acordarse jamás de que casi siempre son causas frívolas ó pasiones fogosas, que no se hermanan bien con la severa y positiva historia, las que determinan esos grandes acontecimientos que trasforman la faz de las naciones.

En cuanto al suceso que nos ocupa, yo sé positivamente que el secreto que encierra lo guarda ese pino bajo su rústica corteza.

En 962, Oliva era joven aún, y por su carácter dulce y bondadoso, por sus nobles ideas, querido y respetado de los barones, nobles y ricos hombres de Barcelona.

Es verdad que, como Borrell, no habia cojido muchos lauros sobre el campo de batalla, ni habia ilustrado, como el, su juventud con prodigiosas hazañas, porque era naturalmente pacífico y benigno; pero tenia el alma digna, incapaz de sufrir una injuria, y un corazon amante, cuyas dotes le hubieran hecho ser el padre bendecido, al mismo tiempo que respetado de sus vasallos. Ademas, si no tenia como Borrell una gallarda apostura, su rostro era bello y sus modales nobles y distinguidos, no enteramente indignos de la magestad del trono.

Era una tarde tambien de otoño, melancólica y apacible, y en el jardin de una casa, situada junto al Borne, en Barcelona, se divertian cojiendo flores, dos jóvenes hermosas. La una se llamaba Ermengarda, la otra Aymerudis. La primera era hija del noble señor de Paredes y la segunda debia el ser á unos oscuros labradores; pero habiendo cautivado con su prodigiosa belleza al sensible Oliva, este la habia confiado á los cuidados de Paredes, ínterin su hermano

Seniofredo le daba su consentimiento para llamarla esposa.

Cinco años se habían pasado en esta expectativa, y ambas jóvenes, que casi habían participado juntas de los juegos de la infancia, se habían amado hasta entonces con apasionado cariño; pero hacia ya muchos meses que al despertarse por la mañana no cambiaban entre sí, su ósculo fraternal, ni lo cambiaban por la noche, al recostarse en sus lechos virginales.

Ambas cojian flores con febril impaciencia, y casi, por que inclinándose, podían recatarse mutuamente las lágrimas que corrían por sus mejillas.

De pronto resonó una voz en el vestíbulo, y las dos se estremecieron, y las dos se apoyaron en un árbol para no caer al suelo.

Un joven apareció en lo alto de la escalera. Era Oliva. Su rostro, siempre pálido, estaba coloreado en aquel momento por la emoción, y sus ojos dulces y melancólicos tenían un brillo inusitado.

Se dirigió hacia Aymerudis, retardando el paso á medida que se acercaba á ella, y cuando estuvo á su lado, durante mucho tiempo, no pudo pronunciar ni un solo acento.

—Hermosa mía, balbuceó por fin, Dios ha secundado mis votos. Lo que no puedo darte en belleza, te lo daré en gloria y esplendor. Soy conde de Barcelona.

Las dos jóvenes lanzaron un grito de angustia, y Ermengarda huyó apresuradamente, perdiéndose á lo lejos entre los perfumados bosquecillos.

—¡Te amo! Prosiguió Oliva con voz temblorosa. ¡Oh! cuanto te amo, Aymerudis! Solo he comprendido la inmensidad de la adoración que te profeso, al recibir esta tarde el público testimonio de los barones, que me proclaman, como es justo, su monarca. ¡Cuán bella estarás en el trono, con la frente ceñida de diamantes, teniendo á tus plantas un pueblo que te adora? ¿Te acuerdas del primer día que te ví? Era una tarde como esta. Yo me había extraviado en la caza, y volvía á Ripoll por una senda desconocida abrumado de fatiga, abrasado de sed. Te ví sentada en el tronco de un pino, que sombreaba tu rústica casita.

—Niña, dije ¿me permites descansar? ¿quieres darme un poco de agua?

Te levantaste y sonriendo con una gracia encantadora, me presentaste un taburete, y una taza blanca, llena de agua. En aquella taza bebí el hechizo que me encadenó á tus piés.

Volví un día y otro día, y un día y otro día sentado junto al hogar, al lado de tus padres pude apreciar paulatinamente todas las gracias de tu espíritu infantil, como había apreciado ántes las gracias de tu belleza.

—Vuestra hija es hermosa, le dije un día á tu padre.

—Pero es catalana y honrada.

—Yo quiero elegirla por compañera de mi vida.

—Vos sois hermano del Conde de Barcelona, su presunto heredero, y ella una oscura labradora.

—Solo le falta para poder brillar dignamente en la corte, saber las prácticas del mundo. Tiene trece años: ¿quereis que la eduque como debe estar educada una princesa, jurándoos que solo la volveré á ver cuando su educación se halle terminada, cuando deba llevarla al altar?

Al día siguiente el noble señor de Paredes y su hija Ermengarda, fueron á buscarte, y aunque de esto han pasado cinco años, no hace más que tres meses que gozo á tu lado de la dicha más completa.

Antes solo me permitía el placer de embriagarme desde lejos con el eco de tu voz, de verte desde lejos, y robar al céfiro el perfume que bebía en tus puros lábios. ¡Cuánto me costó recabar el consentimiento para nuestro enlace, de mi pobre hermano Seniofredo! ¡Cuántas lágrimas tuve que derramar ántes de conseguirlo! ¡Dulce hermano, me lo otorgó al morir!.. ¡Es imposible expresar el dolor que me causó su pérdida, y sin embargo, mira si te amo, me alhaga la idea de esa corona que debo ceñir á tu hermosa frente!.. Sí, me alhaga porque me parece que redimo con ella las deformidades de mi cuerpo! ¡Oh, Aymerudis, ahora que va á decidirse ya nuestro destino, seré indiscreto si te pregunto por la vez primera: ¿me aceptas libremente por esposo? ¿Crees que podrás hallar sobre mi corazón paz y ventura?

La joven se puso tan pálida que parecía próxima á perder la vida. Bajó los ojos, guardó silencio, y fué tan profundo el silencio durante algunos segundos, que se oían los latidos del corazón de Oliva, que parecía quererle romper el pecho.

(Continuara.)

ANGELA GRASSI.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Entonces, no es tan malo el llorar, abuelita.

—No; siempre que el alma derrame su llanto resignada, libre de culpa y rencor.

Los ojos de la Marquesa se fueron á fijar en el rostro del mendigo, que sombrío y meditabundo se encontraba medio oculto en la sombra y sin haber tomado parte en la conversacion.

—Vamos, Lorenzo, exclamó la Marquesa con su voz dulce y armoniosa, vamos; es cierto lo que estas niñas dicen? está V. hoy mas triste que otros dias.

—Oh! señora, perdone V. E. pero á veces hay recuerdos que me hacen desesperar.

—No es esa la frase que yo quiero escuchar de su boca, amigo mio; el que cree en Dios no desespera nunca de su justicia ni desconfia jamás de su bondad. Solo el malvado duda de su clemencia, y sufre sin esperanza y sin hallar paz para su alma, porque sus lágrimas y sus tormentos, no están dulcificados por la santa esperanza de un cielo! Ahora hablemos de otra cosa, y continuemos nuestra conferencia diaria. Ayer...

—Ayer, abuelita, nos mostrastes lo malo que era jurar en falso, ó con palabras de doble sentido que desfigurasen la verdad, exclamó Adolfo con presteza. ¿No es esto?

—Sí, hijo mio, y hoy continuaremos tratando del segundo Mandamiento, pues como ya os dije, abraza muchos puntos que yo os pretendo esclarecer. Hablemos de lo malo que es el jurar en falso á sabiendas y sin temor á Dios ni á sus castigos, seria inutil, cuando acabo de mostraros las consecuencias de este pecado, que aunque cometido en distinta forma tiene iguales resultados, y á mi entender igual su responsabilidad. Así pues, y para aclarar debidamente lo bueno y lo malo del juramento, os manifestaré antes de concluir de tratar esta materia, que para que el juramento sea lícito, bueno y legítimo, ha de tener tres requisitos marcados por el mismo Dios y manifestados por boca de su profeta Jeremías, cuando dice «Jurarás por el Señor con verdad, con juicio y con justicia.»

Para hacerlo con verdad es preciso que afirmemos en él lo que hayamos visto por nosotros mismos, lo que haya pasado á nuestra presencia, sin fiarnos de conjeturas, sospechas ó suposiciones.

Para hacerlo con juicio, es forzoso no dejarnos llevar de la irreflexion, de la imprudencia del momento, ó de nuestros propios deseos: sino pensarlo maduramente, y decidirnos á pronunciarle solo, cuando la necesidad, la importancia del asunto ó la gravedad de los sucesos nos obliguen á ello.

Y ultimamente para hacerlo en justicia es forzoso que lo que aseguramos con él, sea lícito y justo, provechoso y digno.

Tambien amigos míos, y para disipar cualquiera duda, os diré que hay tres clases de juramento, el *afirmativo*, que consiste en asegurar lo que se vió ó lo que se hizo ya: el *promisorio*, por el cual ofrecemos ó prometemos hacer algo, queriendo darle mas seguridad á nuestra

oferta con la santidad del juramento: y el *imprecatorio*, por el cual llamamos sobre nosotros la cólera de Dios ó atramos sus castigos sobre nuestra cabeza, si no cumplimos lo ofrecido.

Esto, aunque os parezca cosa extraña, lo hacemos todos á cada paso, y sin motivo alguno que lo justifique ¿no es verdad que acierto en ello?

—Tiene V. E. razon, señora, dijo José el jardinero, yo no habia pensado en nada de cuanto nos está diciendo, y ahora recuerdo que á cada instante estoy ofendiendo á Dios, jurando y perjurando sin presicion ninguna de ello: mil veces, y con el solo afán de que den crédito á mis palabras, digo muy formal, «Que Dios me castigue si no es verdad; que pierda la salud sino hago aquello; que se mueran mis hijos ahora mismo si falto á esta palabra,» y otras cien cosas por el estilo, que no recuerdo ahora, pero que vienen á serlo mismo.

—Pues es forzoso, José, que pierda V. esa mala costumbre que tanto le perjudica

—Probaré á hacerlo, señora, Doyla V. E. mi palabra.

—Piense V. para conseguirlo, que consecuencias tan fatales podria traerle si Dios le oyera y aceptase sus palabras, porque la mayor parte de las veces, estoy cierta que habrá faltado á lo que dijo de ese modo.

—Sí, señora Marquesa, porque siendo ya una costumbre, he usado esas mismas frases en casos triviales y sin importancia.

—Ay! cuanto me alegro de escuchar á V. E., exclamó el ama de llaves; yo tampoco habia reflexionado en todo esto, y cuando mis pequeños hijos me han enfadado, he dicho esas mismas palabras prometiendo castigarlos, ó reprendiéndoles con enojo; ¡hijos de mi alma! cuantas veces se hubieran muerto si el Señor me hubiera escuchado! ¡no; no volveré ya á hacerlo nunca, puede V. E. estar segura, y además de que me arrepiento y muy de veras de ello.

—En horabuena, dejemos pues esto, y hablemos ahora de otra cosa mas terrible aun; de la blasfemia; de la blasfemia tan comun por desgracia hoy, que hasta los niños la pronuncian sin comprender siquiera su significado, y sin saber ¡ay! lo horroroso de las palabras que se escapan á veces de sus labios, como un reptil venenoso é inmundado se desliza de entre las hojas de una rosa abierta apenas! Oh! mis buenos amigos, ¿qué os podré decir de esta fatal y grave culpa, si cuantos tengan corazon cristiano se sentirán indignados al recordarla?

Para todo se pronuncia el nombre de Dios mezclado con maldiciones ó inventivas! para todo se le escarnece ó se le injuria!

Si la ira domina á un hombre, si la cólera le sofoca, si la embriaguez le enloquece, de sus labios brotan como de un rio desbordado y sin cauce, palabras que yo no os puedo referir, pero que asombran á los ángeles, y estremecen á los santos.

Oh! Dios mio! que fatal costumbre es esta que aflige al cielo y atrae sobre la tierra vuestra cólera y vuestro enojo.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.